

De noche la más soberanamente hermosa, de día es laberíntica y mugrienta



El perfil de la mezquita, con sus minaretes como agujas, luce en el esplendor de Estambul con fulgores propios (Foto archivo LA VERDAD)

Vista de noche, Estambul es algo así como el sueño de cien poetas, que hubieran sumado sus fantasías respectivas a fin de imaginar lo más soberanamente hermoso.

Vista de día, la antigua capital del imperio otomano es una ciudad laberíntica y bastante mugrienta. Incluso las casas que datan solamente de hace veinte o treinta años parecen que se van a caer de puro ruinosas. Como está situada sobre una cadena de colinas, o, mejor dicho sobre dos — una a cada lado del Bósforo — las calles resultan tan empinadas que muchas de ellas hay que subir y bajarlas a fuerza de escalinatas. Pero incluso en las calles más típicas, más bonitas y con más perfume legendario se encuentra siempre algo que chocha por feo y que estropea el conjunto. A veces es una casa antigua que entristece por el abandono en que se encuentra. Otras, se trata de

edificios modernos de tan mal gusto que dan ganas de llorar.

Sin embargo, los contrastes también resultan fascinantes. Por ejemplo, usted marcha por una calle que se parece a la más fea de la Guindalera, en peor, con unos tranvías desvencijados que se suda solo con verlos. Para descansar, entra en una especie de tasca pueblerina, atraviesa el salón que suele ser de una fealdad aflictiva y se encuentra de pronto con que, por la puerta de enfrente sale una especie de huerto con mesas que dá sobre el Bósforo donde cena como un príncipe por poco dinero, envuelto en una atmósfera ideal y mirando una vista de ensueño.

TODO LO QUE SE VE TIENE SU LEYENDA

Y para colmo, todo lo que se ve tiene su historia, su literatura, su leyenda. —¿Ve usted —me dicen— aquella especie de torre, en-

Una tasca pueblerina y fea, con una vista de ensueño sobre el Bósforo, una atmósfera ideal y una cena de príncipes por poco dinero

Todo allí tiene su leyenda

- La terraza sobre el mar donde eran arrojadas docenas de odaliscas para celebrar el cumpleaños del sultán
- Tesoros fabulosos en el Palacio del Serrallo: Tronos, cunas, escopetas... de oro, esmeraldas, nácar, rubies y perlas
- Una cocina de medio kilómetro para la abundante comida de las tres mil mujeres del harén de los sultanes
- Para ellas se cocinaban al día cientos de terneras y corderos, miles de pollos y montañas de golosinas
- Una restricción real muy criticada: Sólo ciento cincuenta manjares al día

tre las aguas, que parece un faro en miniatura? Es la torre de Leandro.

—¿De qué Leandro? —¿Que Leandro va a ser? El enamorado de Hero. Leandro se ahogó junto a ese islote una noche en que intentaba atravesar el Bósforo a

Otras veces, las historias son menos románticas. Por ejemplo, las que cuentan cuando se divisa el Palacio del Serrallo, residencia de los sultanes en los tiempos de mayor esplendor del imperio otomano. —Mire aquella espléndida

gruesa y enseguida iba arrojando los "paquetes" al agua, uno detrás de otro?

—¿Qué salvajada!

Sin embargo, parece que hubo también algunos sultanes de carácter dulce pero de esos apenas queda recuerdo. Y ¡cosa curiosa! el pueblo tenía a veces ocasiones de humillar el orgullo de sus soberanos omnipotentes.

Por ejemplo, visitando hoy la mezquita azul —la de los seis minaretes— que es la más hermosa del mundo, el guía nos dijo:

—El Sultán asistía a la oración subido en esa especie de plataforma cerrada con celosías. Cuando subía y cuando bajaba, el pueblo que llenaba el templo salmodiaba a coro:

"Recuerda que tú eres grande, pero tu grandeza no es nada comparada con la de Alá. Humíllate ante aquel que es infinitamente más poderoso que tú".

El guía precisó que los fieles no tenían derecho a decir tales frases más que en el momento en que el Sultán subía o bajaba. Si alguien osaba decir en otra ocasión cualquiera, estaba expuesto a que le cortaran la cabeza.

TRONOS DE ORO CON ESMERALDAS

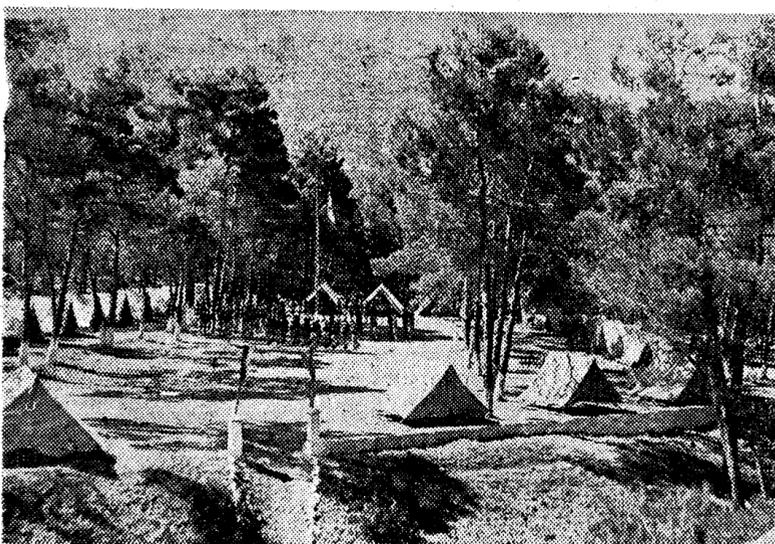
La visita al palacio del Serrallo deja a los visitantes un poco decepcionados. Es cierto que los tesoros que allí se exhiben son fabulosos. Hay tronos de oro salpicados de esmeraldas y otros, más de diario, pero de cuya orla alta cuelgan una turquesa del tamaño de un huevo de gallina y una esmeralda grande como un adorno; una cuna de repicón nacido, también de oro macizo, sembrada de rubies y perlas; escopetas de nácar, oro y diamantes... En fin que los sultanes no utilizan ni un plato ni una palangana ni una habucha ni una tabaquera ni objeto alguno, aún los más fatigosos y humildes, que no estuvieran materialmente custodiados de piedras preciosas.

Sin embargo, lo que los turistas desean ver, en general, es aquella parte del palacio que servía de alojamiento a las tres mil y pico mujeres que componaban el harén de los sultanes. Pero eso no se

terrazza que dá sobre el mar de Mármara... Cuando el sultán quería celebrar con solemnidad alguna fecha señalada, por ejemplo el aniversario de su coronación o el día de sus cumpleaños, ordenaba que metieran en sendos sacos a unas docenas de odaliscas. Luego, metían también una piedra

con mensaje de gozo y alegría en cientos de gargantillas juveniles. Ibamos todos los años. Mirar, en nuestros turnos en esa Sierra querida, siempre había dos o tres fechas inolvidables: Un domingo nuestro campamento se abría al formidable aluvión de familias, que acudían a vivir unas horas junto al amor de los hijos, camino de hombres. Otro día el campamento se despertaba antes del amanecer para emprender el alto vuelo del "morrón". Y otro día —de ese quiero hablarte hoy con pena—, todos éramos protagonistas de un tarde estupendo: Era el día en que llevábamos al Sanatorio la alegría de muchos que, como tú ahora, vivían junto al calor de la hoguera de amor a Dios y a España, que son los Campamentos Juveniles. El Fuego de Campamento en la explanada inmensa, era algo que había tomado cuerpo en la vida del Centro. Era algo así como "salirse de madre", durante unas horas, rompiendo el molde de lo más lónico.

PERO, bueno, empezaré por el principio. Por los preparativos. ¡Cuánto sabe de esto ese cura formado de sarmientos bíblicos, que durante varios años fue fiel a la cita y a la fiesta. El Padre Solís se convertía por unas horas en auténtico maestro de ceremonias. Imagínate, querido y desconocido amigo que acampas junto a Rubeos por primera vez, imaginarte, repito, lo que es preparar toda esa alegría que tú sientes en tu "corro de fuego" cada noche, para llevarla en mensaje fraterno a cientos de hermanos que sufren en su carne el dolor y la angustia del forzoso aislamiento. Era algo que no se concebía sin amor. Era algo que nos hacía vibrar en lo más íntimo de nuestro ser. Desde muy temprano todos girábamos alrededor de la tienda del "pater", para cortar trajes, preparar guirnaldas, ensayar paro-



En este campamento juvenil de Sierra Espuña han nacido muchas alegrías para el hoy desierto Sanatorio de sus proximidades. (Foto Archivo LA VERDAD)

LA TRISTEZA DULCE

Por Francisco Javier Martín Abril

NO se alarmen ustedes, amigos lectores, porque, a pesar del título, no va a ser este un artículo triste. Será —eso me propongo al menos— un artículo humano. ¿Que quizá haya en él un poco de tristeza? Por eso no vamos a reír. He dicho "un artículo humano", y me percató de que vamos abusando de este adjetivo. El tema dará para otro artículo.

¿A qué tristeza me refiero al hablar de la tristeza dulce? A la del campo. En especial, a la del campo en determinados días y a ciertas horas. La frase no es mía. Es de Juan Ramón, a quien el campo, de alguna manera, le ponía tristemente dulce o dulcemente triste. Con reiteración, alude Juan Ramón Jiménez a la tristeza del campo: "Tristeza dulce del campo, la tarde viene cayendo, de las praderas segadas llega un fuerte olor a heno..."

Pero no para ahí la cosa. El poeta llega a afirmar, en un romance precisamente de agosto: "El hombre en el campo es pequeño y triste. Entre humanos, la luna de agosto sube, sandía enorme, su mundo". (Entre paréntesis diré que la imagen de la sandía no acaba de gustarme. Es imagen que pasa. Eso pienso yo ahora).

¿A tristeza del campo! En los veraneos yo me he puesto triste muchas veces. Ahora, sin veraneos largos —porque no puedo, porque no quiero del todo, porque...—, me dedico, de vez en cuando, a recordar impresiones de veraneos pasados. Y entre estas impresiones encuentro una tristeza. Si, de auténtica tristeza. Llamemos a las cosas por su nombre.

El otro día, en una brevedad estancia en Madrid, mi buen amigo Antonio Fraguas, escritor, un gallego que siempre está contento y que profesa siempre una tercera amistad, se empeñaba en que yo, al regresar a mi ciudad, me detuviese en El Espinar, para tomar juntos

unas cervezas. Iba Antonio Fraguas con Benjamín Alarcón, el fino cronista de Radio Nacional en Roma, uno de los hombres que mejor leen ante el micrófono y que, por lo visto, también veranea en El Espinar.

NO, no pasé por El Espinar. Tengo allí demasiados recuerdos. Me he dejado allí demasiadas sombras. Y me hubiera quedado. Si, me hubiera quedado. También, con la tristeza del campo.

¿Por qué el veraneante, de pronto, se siente triste? Porque el campo le resulta excesivamente grande, imponente, solitario, solemne; porque se "ve" minúsculo, él, el hombrecito; porque se acuerda de la ciudad, con sus luces, sus bares, sus toldos; porque al atardecer hay un polvillo de melancolía en la era...

Y no digamos si advertimos en nosotros un dolor. ¿Dónde está nuestro médico, ese que ya nos conoce en todas nuestras vertientes y manías? Es posible que se levante viento, que la tarde se nuble, que toquen a muerto, que descubramos en el horizonte las cruces del cementerio de la aldea. Y el veraneante se pregunta: "¿Esto es lo que creíamos felicidad desde lejos?".

HAY coincidencias. Hallo esta nota de Jules Renard: "Un grano de hombre en medio de los campos. El miedo es una bruma de sensaciones. Pon un poco de luna en lo que escribes". Eso intento hacer yo: poner un poco de luna en lo que escribo, triste y alegre a la vez.

EN este día de agosto, desde mi ciudad de Castilla, toda dorada de sol, invento veraneos. ¿Cómo? Recordando: Villanueva del Campo, Suances, Navas de Riofrio, Comillas, Zarzúz, El Espinar... Paseos por los montes de El Espinar, a la caída de la tarde. Yo me entristecía. Y quizá lo confesaba. Otros se lo callaban y, para espantar su tristeza —la tristeza dulce del campo, del campo, donde el hombre es pequeño y triste—, empezaban a cantar: "Asturias, patria querida..."

Se presume puedan contener piezas de oro y plata

Veinte tumbas milenarias han aparecido en el Perú

Se presume puedan contener piezas de oro y plata

LIMA, 23.—Los obreros que trabajan en la reconstrucción de la histórica ciudadela de Macpichu, en la ciudad de Cuzco, han hallado veinte tumbas milenarias sin profanar y en las que se presume pueden encontrarse tesoros en piezas de oro y plata.

Se ha dispuesto que las tumbas sean guardadas y vigiladas durante las 24 horas del día con el fin de evitar las incursiones de los ladrones de tesoros.—Efe.

HERNIADO

puedes curarte sin operación con el moderno propulsor automático "Herniplá". Visita diaria y gratuita de 10 a 2.—Sucursal del Gabinete Ortopédico "Herniplá" de Barcelona instalada en plaza de Cetina, 7 Murcia. Consultorio del Dr Cartagena. (C. S. 51).

GEMELOS

DE 5 AUMENTOS, Ptas. 385
" 7 " " 435
(INCLUIDO ESTUCHE DE CUERO)
DE 3 AUMENTOS Ptas. 150
" 4 " " 200
(SIN ESTUCHE)
Propios para fútbol o teatro
LOS REMIENDOS POR CORTEO
PAGO REEMBOLSO SIN GASTOS
TAMBIEN VENTIDOS A PLAZOS
PIDA CATALOGO GRATIS
COMERCIAL FACIDO
ALBERTO AGUILERA, 50-MADRID

LA VERDAD

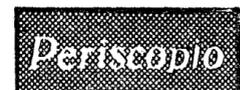
el periódico del Sureste

Garta desde Astorga

Una aventura que ya no podréis vivir en Sierra Espuña

QUERIDO amigo: Se lleva hacia penoso recorrido hacia la salud. Yo recuerdo en la lejanía de mi nostalgia, los preparativos de esa aventura de amor,

EL LAPIZ AZUL



¡Han llegado ustedes a pensar en la trascendencia de un hombre blandiendo el lápiz de su oficio? No piensen, desde luego, en Picasso, porque ese, ciertamente es excepcional, y si a estas horas las multitudes de muchos países no se han pronunciado contra él como el hombre del lápiz apocalíptico o del lápiz caótico, es porque se llama Picasso. Ya tuvo el cuidado de suggestionar al mundo con su genio de pintor insuperable, de tal modo que después llevara la insonia de la renovación a cualquier extremo de ironía, impunemente.

Pero no es a Picasso a quien me refiero, sino a otra figura diferente. Es al que los ingleses llaman en son de un poco irritada burla, "Mister blue pencil", es decir, algo a sí como "Don Lápiz azul". En el Registro Civil está inscrito con el apellido Scarborough, y su papel consiste en ejercer la censura sobre las obras diversas del teatro. Con una autoridad que, según las fuentes de información, era delegada de la reina, y ciertamente omnimoda, su criterio personal en lo moral y en lo político se imponía —hasta ayer mismo— haciendo resbalar la punta de su lápiz azul sobre las cuartillas de los originales que le eran sometidos, y desechando así, o mutilando inexorablemente lo que sus autores consideraban obras maestras.

Así es que estaban con el alma en un hilo, no solamente los interesados, sino el público, que tan gustosamente se respiega las manos cuando le da de alguna manera el tufo de la fruta prohibida. Ahora, en cambio, la gente respira, porque Su Graciosa Majestad ha tenido a bien relevar de su papel a lord Scarborough, encomendando la censura a lord Cobbold, hombre de manga más ancha que su antecesor, y que, a diferencia del otro, es aficionado a asistir al teatro y muy frecuentemente se le ve ocupando su butaca.

Las malas lenguas dicen que la exoneración de "Mister blue pencil" ha sido inspirada a Isabel II por su hermana Margarita, que, no solamente en cuanto a la elección matrimonial, se viene distinguiendo por sus criterios contemporáneos. Señalo todas estas cosas para prestar un servicio a la Historia, desde luego, y además para que investigadores mejor dotados comprueben si es cierto que la señora de Armstrong es, en efecto, la eminencia gris de la Corte británica e influye así en la cultura de sus compatriotas.

LIBERANDO